



NOVENA A LA MEDALLA MILAGROSA

Para todos los días

1.- Por la señal de la Santa Cruz†, de nuestros enemigos†, líbranos, Señor Dios nuestro†; en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo†. Amén.

2.- Señor mío, Jesucristo,

Dios y Hombre verdadero, Creador, Padre y Redentor mío, por ser Tú, quién eres y porque te amo sobre todas las cosas, me pesa de todo corazón haberte ofendido; propongo firmemente nunca más pecar, apartarme de todas las ocasiones próximas de pecado, confesarme y, cumplir la penitencia que me fuera impuesta. Ofrezco, Señor, mi vida, obras y trabajos, en satisfacción de todos mis pecados, y, así como te lo suplico, así confío en tu bondad y misericordia infinita, que me perdonarás, por los méritos de tu preciosísima sangre, pasión y muerte, y me darás la gracia para enmendarme, y perseverar en tu santo amor y servicio, hasta el fin de mi vida. Amén.

3.- Oración para todos los días. Oh, María, Reina de todo cuanto existe, alegría de los Ángeles y de los Santos, consuelo de los afligidos, adornada por Dios de singulares gracias, concebida sin pecado original, para recordar y honrar tu Inmaculada Concepción, nos dejaste la bendita Medalla Milagrosa. A Ti, oh Madre, acudimos, llenos de afecto y de confianza, para venerar tu augusto privilegio. Deseamos obtener, por tu intercesión, el perdón de nuestros pecados y la imitación de tus virtudes, para poder llamarnos verdaderos hijos tuyos, merecer en la tierra tus bendiciones y gozar contigo de la gloria eterna. Amén.

4.- Lectura del día. (DÍA...)

5.- Pídense la gracia particular.

6.- Récese doce Avemarias, seguidas cada una de la invocación: **“¡Oh, María, sin pecado concebida!, ruega por nosotros que recurrimos a Ti”**, y termínese con la siguiente:

7.- Oración final. Oh Inmaculada Virgen y Madre de Dios, que al regalarnos a la Santa Medalla te has mostrado nuestra verdadera Madre, dispuesta a colmarnos siempre de celestiales favores, acepta benigna la

manifestación de nuestro agradecimiento. Ya que el mejor modo de agradecer tus beneficios y merecer otros nuevos es imitar tus virtudes, toma nuestro corazón, arranca de él todas las inclinaciones pecaminosas, llénalo de amor a Dios, de rectitud de intención y de buenas obras, y hazlo en todo semejante al tuyo y al fin de tu divino Hijo, para que después de haber seguido tus huellas en este mundo, merezcamos vivir en tu compañía por toda la eternidad. Amén.

DÍA PRIMERO

La Santísima Virgen desea que llevemos la Medalla Milagrosa

Oh, tierna Madre nuestra, Tú dijiste a Sor Catalina: **“Es preciso grabar una Medalla conforme al modelo que te presento, para que cuantos la lleven indulgenciada, reciban innumerables gracias por mi intercesión”**, aceptamos esta devoción tuya, aprobada por la Iglesia y conocida en todo el mundo. Tú estás haciendo continuos prodigios por medio de tu Medalla. Aún los más reacios contra toda intervención sobrenatural se han visto con frecuencia obligados a exclamar: **“Aquí está el dedo de Dios que quiere acrecentar su gloria mediante esta señal de protección de su Madre”**.

Por consiguiente, llevaremos siempre, y con gran veneración, oh, Virgen Purísima, esta prenda de tu cariño, por la que quieres conceder tantos favores y gracias.

DÍA SEGUNDO

La Medalla Milagrosa sostiene nuestra fe

En los difíciles tiempos en que vivimos, en que todo se discute y todo se niega, ¡cómo se combaten las creencias cristianas! ¡Cómo se ataca la Iglesia Católica por sus enemigos! Podrían sembrar el error en nuestras inteligencias si no nos defendieras Tú, Virgen Purísima, que destruyes cuantas herejías aparecen en el mundo.

Mientras llevemos al cuello tu bendita Medalla, estamos poderosamente protegidos contra los ataques de la incredulidad, pues con ella confesamos tu Inmaculada Concepción, declarada dogma de fe por boca del Papa Pío IX. Esta confesión significa nuestra adhesión a toda la doctrina católica. En esta santa fe queremos vivir y morir, y para no exponernos a perderla,

evitaremos toda conversación, así como toda lectura de libros o periódicos en que se trate con poco respeto nuestra religión y sus dogmas.

DÍA TERCERO

La Medalla Milagrosa anima nuestra esperanza

¡Cuánto entristece el ánimo del que viaja a la eternidad desconocer lo que les aguarda! ¿Cuál será mi suerte en la otra vida? ¿Cómo me tratará el Supremo Juez? ¿Soy digno de amor o de odio?

Dicen los Santos que es segura la salvación de quien se acoge a tu amparo, oh, Madre de misericordia, porque Tú interpones tu favor ante Jesucristo, quien, por ser tu Hijo no negará jamás cosa alguna que le pidas. Tú no permites la ruina de quien lleva sobre sí la santa Medalla, señal de su consagración a Ti, y repite continuamente: **“¡Oh, María, sin pecado concebida!, ruega por nosotros que recurrimos a Ti”**, ruega, pues, Señora, por nosotros, y no será confundida nuestra esperanza.

DÍA CUARTO

La Medalla Milagrosa enciende nuestra caridad

Por encargo de su director espiritual, y con el fin de cumplir escrupulosamente la acuñación de la Medalla, como Tú lo deseabas, ¡oh, bienaventurada Virgen María!, sor Catalina te preguntó si en el reverso había de ponerse alguna oración, como la que querías alrededor de tu imagen; y para conocimiento de todos, te dignaste contestar: **“Bastante dicen la letra ‘M’ y los Sagrados Corazones”**; como si dijeras: **“Si mi recuerdo y el gran amor que Jesús y su Madre les profesamos, no bastan para inflamar su corazón y moverlo al agradecimiento, no sé qué recomendaciones podrán bastar”**.

Hemos entendido bien, Señora, tus palabras; hemos visto las llamas que brotan del Corazón ensangrentado de Jesús y la Cruz, símbolo de su voluntaria inmolación a favor nuestro, y hemos contemplado tu Corazón maternal atravesado por la cruel espada, que nos recuerda la conformidad con que aceptaste la muerte de tu Hijo para que se obrara nuestra Redención. Por eso hemos resuelto no consentir nada que pueda debilitar la amistad íntima que queremos tener contigo y con tu divino Hijo.

DÍA QUINTO

La Medalla Milagrosa nos defiende del demonio

Satanás, eterno enemigo de los hombres, envidioso de la gracia que hemos obtenido mediante la Redención de tu Hijo, ¡oh, Soberana Reina de los cielos!, no deja de dar vueltas alrededor de nuestra alma, tratando de dominarla y pervertirla, como a nuestros primeros padres; y el alma, pobre y desvalida, sucumbiría bien pronto, si tu nombre bendito no la sostuviera. Decir: ¡Oh, María!, la primera palabra de la invocación de la Medalla, y ver al demonio huir confuso y avergonzado, es siempre obra de un momento. Porque, Tú, eres la Mujer de quien se había predicho que, en su irreconciliable enemistad con la serpiente, se sobrepondría a todas sus acechanzas y le aplastaría la cabeza.

Por eso, en cuanto sintamos cerca de nosotros la presencia del tentador, te invocamos fervorosos y no temeremos caer en sus redes.

DÍA SEXTO

La Medalla Milagrosa nos hace triunfar del mundo

¡Oh, Santa Madre de Dios!, las máximas de este mundo están en oposición de las de tu Hijo; sus obras son abominables a los hijos de Dios. Pero obligados a respirar su ambiente, ¿quién nos dará energía para resistir a sus halagos y hacer caso omiso de sus burlas? ¿Quién, sino Tú, que desde la más tierna edad huiste al Santo Templo del Señor para conservar tu inocencia?

Alguna influencia han ejercido a veces en nuestro corazón las promesas de felicidad que nos brindaba el mundo; pero desde que hemos visto tu soberana actitud en la Medalla Milagrosa, hollándolo con tus pies y despreciando sus vanidades, resolvemos oponernos a sus máximas, cumplir mejor las promesas de nuestro bautismo, renunciar a sus seducciones, despreciar el respeto humano y vivir y morir según las máximas de Jesucristo.

DÍA SÉPTIMO

La Medalla Milagrosa apaga la concupiscencia (tendencia, al pecado)

¡Oh, Virgen Inmaculada!, así como en una época en la que la virginidad era tan poco estimada, fue necesario tu ejemplo para que se levantaran en la Iglesia ejércitos de vírgenes que

proclamaran con su vida la victoria sobre la sensualidad; así convenía que en estos tiempos de libertinaje y corrupción te dejaras ver en toda la hermosura de tu Concepción Purísima, para que el pueblo cristiano se dirigiera a Ti en demanda de auxilios con que conservar la castidad.

Al abrigo de tu manto, acariciados por la suave brisa de tu ternura maternal; huyendo de compañías peligrosas y espectáculos profanos, apartándonos de las lecturas frívolas y perjudiciales, rechazando modas y exigencias reñidas con la modestia cristiana, y, sobre todo, invocando tu nombre y tu Pureza Original con la oración de la Medalla Milagrosa “**¡Oh, María, sin pecado concebida!, ruega por nosotros que recurrimos a Ti**”, también nosotros venceremos todas las tentaciones y mereceremos la bienaventuranza que ha prometido tu Hijo a los limpios de corazón.

DÍA OCTAVO

La Medalla Milagrosa nos colma de favores

De la sabiduría, decía Salomón, que había encontrado en ella todos los bienes; de tu Medalla, Purísima Madre, podemos decir otro tanto. Desde que la llevamos con gran devoción, nos vemos rodeados de felicidad. Los benéficos rayos en que nos envuelves significan, según tu lo dijiste, las gracias que abundantemente derramas sobre cuantos te lo pidan, y las muchas piedras preciosas que en las sortijas de tus dedos aún permanecen oscuras, brillarán también deslumbradoras, si tuvieran a quien iluminar, demostrándonos que más deseos tienes Tú de socorrernos, que nosotros mismos de participar de tus celestiales bendiciones.

Aleccionados con la experiencia de tantos devotos tuyos, que en la invocación de tu poder manifestado en la Medalla, encontraron remedio a sus males y te aclamaron Milagrosa, acudimos nosotros también, seguros de encontrar en tu ayuda, remedio a nuestras necesidades; y, cuando Tú creas que nos convienen trabajos, enfermedades, pobreza y abandono, nos darás resignación y paciencia, basada en la esperanza de recompensa mayor en el cielo, por habernos parecido a tu Hijo, con quien, si padecemos, seremos glorificados.

DÍA NOVENO

Propaguemos la Medalla Milagrosa

Cuando presentaron a Sor Catalina las primeras medallas que acababan de acuñarse, las examinó en todos sus detalles, y habiéndolas encontrado, en lo posible, conformes al luminoso modelo que Tú, ¡oh, amable Señora!, le habías mostrado, exclamó: “Ahora es preciso propagarla”, es decir, hay que extenderla para que todos, en el mundo, la conozcan, hay que colgarla al cuello de toda clase de personas, hay que probar en todas partes su eficacia, hay que darla a conocer a sabios e ignorantes, a pobres y a ricos, a santos y a victoriosos, para que todos participen de los infinitos tesoros que en abundancia brotarán de tus manos, oh, Madre bendita.

Nosotros, ¡oh, Virgen Purísima!, que con tanta satisfacción y provecho gozamos la dulzura de tu afecto, no queriendo ser egoístas, deseamos para nuestro prójimo el bien que poseemos. Por eso, con nuestras exhortaciones y con nuestros ejemplos, invitaremos a cuantos se pongan al alcance de nuestro celo, a que se defiendan de sus enemigos con este impenetrable escudo de tu protección, para que por sí mismos gusten y vean cuán generosamente atiendes a tus fieles devotos.

... “Este globo que ves a mis pies, representa al mundo entero. Estos rayos simbolizan las gracias que yo derramo sobre los que las piden. Las perlas que no emiten rayos son las gracias de las almas que no piden.”

... “¡Oh, María, sin pecado concebida!, ruega por nosotros que recurrimos a Ti”

... “Haz que se acuñe una medalla según este modelo. Todos cuantos la lleven recibirán grandes gracias. Las gracias serán abundantes para los que la lleven con confianza.”

Nihil Obstat
P. Alberto Valenzuela, S.J.
Censor Eclesiástico

Del Libro: “La Medalla Milagrosa”, Tiberio Ma. Munari. Ediciones Xaverianas.